



Las tipologías y sus aportes a las teorías y la producción de datos

Typologies and their contributions
to theories and data production

Néstor Cohen y Gabriela Gómez Rojas

Resumen.

El artículo reflexiona sobre un recurso muy particular empleado por la sociología como es la tipología. Ella se ha utilizado para interpretar y comprender un fenómeno de la realidad, para caracterizar, identificar, cuestiones sociales, para producir datos o, en otras palabras, ser puente, conexión, entre la teoría, los conceptos, y los datos. Pero, también, las tipologías tuvieron y mantienen vigencia independientemente de los datos producidos, son un recurso muy útil como ordenador de un proceso teórico especulativo de características más abstractas que sin referenciarse con la realidad, sin apelar a la contrastación empírica, intenta dar cuenta de ella. Asimismo se presentan dos ejemplos de tipologías elaboradas por dos investigadores relevantes de la sociología contemporánea, como cierre a dicha reflexión.

Palabras Claves: medición, datos, concepto, método, tipologías.

Abstract.

This article reflects on a very particular resource used by the Sociology, called typology. It has been used to interpret and understand a phenomenon of reality, to characterize, identify, social issues, to produce data, in other words, be a bridge, connection, between theory, concepts and data. But also, the typologies were and are still valid regardless of the data produced, they are a valuable resource as authorizing a theoretical and speculative process with abstract characteristics, which without referring to reality, without resorting to empirical, tries to account it. The article also presents two examples of typologies developed by two relevant researchers of contemporary sociology, as a finale to this reflection.

Keywords: measurement, data, concept, method, typologies.

Introducción

Las tipologías forman parte de esos viejos, pero vigentes y muy utilizados recursos de la Sociología en particular y de las Ciencias Sociales en general, para interpretar y comprender un fenómeno de la realidad, para caracterizar, identificar cuestiones sociales, para producir datos o, en otras palabras, ser puente, conexión, entre la teoría, los conceptos, y los datos. Pero, también, las tipologías tuvieron y mantienen vigencia independientemente de los datos producidos, son un recurso muy útil como ordenador de un proceso teórico especulativo, de características más abstractas que sin referenciarse con la realidad, sin apelar a la contrastación empírica, intenta dar cuenta de ella. A la vez que ordena el *corpus* teórico, otorga coherencia analítica a la compleja y a veces caótica realidad con la que trabaja el científico social. No hay duda alguna que han sido y son herramientas útiles para el trabajo cotidiano del investigador. Pretendemos, simplemente, reflexionar en torno a su utilidad y vigencia a partir de las dos grandes formas de trabajarlas, los tipos construidos y los tipos ideales, e interpretarlas dentro de un marco más complejo, atravesado por diferentes campos de la ciencia y la epistemología, que es la medición como cuestión que merece ser debatida.

El artículo consta de dos partes directamente relacionadas entre sí. La primera dedicada a reflexionar en torno a algunas cuestiones vinculadas con el modo de concebir la medición en sociología y la segunda incursiona en diferentes alternativas metodológicas, que permiten materializar lo que entendemos es la medición o más precisamente el acto de medir.

A lo largo del texto recurrimos a ejemplos resultantes de la producción de otros autores. Desde una perspectiva constructivista de la medición, concibiendo que la teoría no es un modelo estructurado ni definitivo cuyo único destino es ser sometido a contrastación ni tampoco resulta del “diálogo” que el investigador pueda establecer con los datos, sino que la concebimos en un vínculo dialéctico con la base empírica, abordamos diferentes alternativas del pasaje del concepto al dato. Recorreremos aquellas estrategias con las que solemos trabajar en la investigación sociológica, comparándolas y evaluándolas desde lo eficaces que resultan cuando incursionan en la “cosa oculta”, en la dimensión latente del fenómeno estudiado.

Algunas reflexiones sobre la noción (idea) de medición

Proponer reflexionar sobre la medición en Sociología es como desempolvar un viejo objeto para poder reconocerlo, como probar cuál es la llave que abre esa puerta que no abrimos hace mucho tiempo y es, también, arriesgarse a que nuestros invitados consideren que transitaremos el camino de lo obvio, de lo definitivamente verdadero. Pareciera que sobre la medición existiera un acuerdo universal que clausura toda posibilidad de revisión, se asume que nada nuevo hay para decir. Sin embargo, nosotros creemos que hay algunas cuestiones en torno a la medición en Sociología, y probablemente en las Ciencias Sociales, de las que no se habla porque hacerlo implicaría iniciar el camino de la incertidumbre, implicaría cuestionar premisas que se utilizan como postulados¹ a partir de los cuales se recorre un largo trayecto de demostraciones, afirmaciones y confirmaciones.

Instalar como debate la cuestión de la medición en las Ciencias Sociales conduce, necesariamente, a poner la mirada sobre el mismo proceso de investigación, en tanto el acto de medir no se involucra con una etapa o momento particular de este proceso sino que lo atraviesa en una significativa parte de su extensión, acerca de lo cual nos referiremos más adelante. Pero, además, al incursionar en esta cuestión debemos ser conscientes que acerca del significado y de la

¹Es interesante observar en un campo como el de la Sociología proclive al debate, al permanente cuestionamiento, la medición es, en las últimas décadas, una cuestión que suele ser tratada como un postulado matemático, haciendo afirmaciones cuya verdad no es sometida a prueba alguna y sirviendo para posteriores razonamientos.

comprensión existente en torno a este concepto, no hay un acuerdo tácito ni mucho menos consenso. En este sentido, está vigente aún, y en una magnitud nada despreciable, una concepción estrictamente cuantitativa de la medición. Aquella clásica definición de Campbell (1919) que concibe la medición “como el proceso por el cual se representan cualidades mediante números” y en la misma línea argumental, el planteo de Stevens (1951) para quien “medir es asignar numerales a objetos o acontecimientos de acuerdo a ciertas reglas”, gozan de muy buena salud entre cierto grupo de investigadores sociales muy proclives al uso de los recursos cuantitativos. Entre quienes reniegan de este tipo de recurso para el tratamiento de la realidad social, no conciben la medición como una cuestión metodológica que merezca ser tratada porque, también, la asocian a la idea de cantidad o magnitud, muy lejana a sus intereses académicos. Sea por adhesión o por rechazo a los enfoques cuantitativos, concebir la medición como un proceso plenamente identificado con la magnitud sigue siendo aceptado en diferentes ámbitos de la academia.

Recientemente, y mediante una definición que pone condiciones acerca del carácter inclusivo de este concepto, Marradi (2007: 140) considera un “verdadero abuso terminológico” usar el término medición para la clasificación y el ordenamiento. En otras palabras, no solo adhiere al sentido que Campbell y Stevens han dado en sus definiciones, sino que lo profundiza aceptando al “número” en tanto expresión de una magnitud o cantidad. Si bien sospechamos que en Campbell y Stevens la apelación al número es en su carácter cuantificador, como magnitud, y no sólo como ordenador, estableciendo jerarquías, en Marradi no queda duda alguna que lo homologa a la cantidad. Ahora bien, considerar que clasificar y ordenar es abusivo como acto de medición no considera que toda medición basada en la magnitud conlleva, inexcusablemente, la clasificación y el ordenamiento del fenómeno medido. Medir la diferencia de magnitud entre dos sujetos u objetos implica clasificarlos y ordenarlos. ¿Qué hace la medición cuantificada sino expresar la identificación/nominación/clasificación de cada sujeto u objeto, el orden y la distancia cuantitativa de uno respecto al otro? Quizá lo que se pretende cuestionar no es la clasificación y ordenamiento, sino la posibilidad de clasificar y ordenar sin apelar a la magnitud. Volvemos, entonces, al principio, hay una concepción acerca de la medición que postula que sin apelar a la cantidad no es posible medir.

Esta concepción estrictamente cuantitativa constituye el núcleo en torno al cual se concentra la versión que goza de mayor aceptación y acerca de la cual no suelen proponerse –ni en calidad de hipótesis– versiones diferentes, alternativas y, mucho menos, antagónicas. Esta mirada limita un abordaje más rico, más complejo, es una concepción simplificadora que asigna al lenguaje numérico la exclusiva potestad de la medición.

Ahora bien, para que podamos asignarle números a ciertas cualidades de los fenómenos que estudiamos, es necesario asumir que la distancia que hay entre un número y otro –en la variable o concepto que utilizamos–, equivale a la distancia que hay entre un sujeto, objeto o acontecimiento y otro. Nos encontramos, entonces, ante dos cuestiones que merecen ser atendidas. En primer lugar, la distancia entre un número y otro son distancias convencionales establecidas, según ciertas reglas, al interior de una escala la cual forma parte de una variable, expresión formal de una definición teórica. Sin embargo, las distancias entre los objetos, sujetos y/o acontecimientos, son distancias que no dependen de convenciones y, menos aún, de definiciones teóricas, sino que dependen de las propiedades –condiciones materiales– que hacen a la constitución de aquellos. Por lo tanto, la variable, en tanto construcción teórica, reproduce con mayor o menor fiabilidad la distancia real del campo empírico, de esto se desprende que toda modificación en la definición teórica producirá cambios en la escala inherente a la variable. Más aún, habrá tantas escalas como definiciones teóricas existan referidas a una misma propiedad del fenómeno en cuestión. Si bien se dispone de recursos metodológicos y técnicos que evalúan la confiabilidad y validez del *instrumento* construido, no siempre estos recursos son exitosos. ¿Significa esto arbitrariedad? No, simplemente, expresa un modo de construir conocimiento que consiste en aceptar, o reconocer, que en el campo de las Ciencias Sociales resulta dificultoso y, a veces, imposible garantizar una relación isomórfica (de equivalencia) entre la escala numérica empleada y el conjunto de propiedades del fenómeno que se pretende medir. Por lo tanto, apelar a variables con magnitudes no garantiza una mayor fiabilidad de la medición, aunque potencia la posibilidad de realizar mejores ajustes en la instancia del cálculo y análisis.

En segundo lugar, si las únicas definiciones posibles acerca de la medición fueran la de Campbell y Stevens, estas ciencias tendrían un conjunto muy amplio y variado de fenómenos inmensurables; en el caso particular de la Sociología afectaría a la mayoría de los fenómenos de los cuales se ocupa. Podría afirmarse que es una característica –limitación– de estas ciencias o podría cuestionarse este tipo de definición. Nosotros optamos por la segunda alternativa, no por una cuestión defensiva del campo disciplinar, sino porque esta definición, reiteramos, tiene un sentido reduccionista y limitante de la producción de conocimiento, se refiere a un tipo de medición, a aquella en la cual puede o tiende a establecerse una relación isomórfica entre la escala numérica y las propiedades del fenómeno a medir. Sin embargo, la ciencia no siempre produce este tipo de mediciones. Estas otras modalidades o métodos de medición requieren de una perspectiva conceptual más inclusiva.

¿Por qué surge la necesidad o se propone como objetivo medir? ¿Qué otra acción o acciones generan esta necesidad, esta búsqueda? El objetivo de la medición no queda cumplido con la obtención del resultado producido por la acción de medir, el objetivo del investigador es satisfecho cuando, a partir del resultado, compara, identifica diferencias o semejanzas. Es un modo, no el único ni necesariamente el mejor, de ordenar la información, los registros de la realidad, para a partir de allí, evaluar e interpretar el resultado obtenido. La evaluación e interpretación es posible porque hay una decisión previa de comparación con otros resultados producidos mediante la misma u otras mediciones. Cuando se compara se observan diferencias y semejanzas, a partir de aquí se puede, no siempre, establecer un orden o jerarquía de los registros comparados y, de manera menos frecuente en las Ciencias Sociales, pueden representarse con magnitudes las diferencias y semejanzas observadas. Cada vez que se compara se dice de los objetos o sujetos comparados que son iguales o distintos o que uno es mayor o menor que el otro o se puede identificar (cuantificar) la distancia que hay entre los objetos o sujetos comparados. La primera expresión nos remite al nivel de medición nominal, la segunda, al ordinal y la tercera, al intervalar o por cociente. Apelar al término nivel implica que entre las tres posibilidades planteadas hay una relación tal, que el pasaje de una a otra significa referirse a diferentes estados de complejidad de la comparación. Pero además implica que en la medida que aumentamos la complejidad del nivel, estamos incluyendo en el nivel superior el significado del o de los niveles inferiores. Cuando decimos que "A" es tanto más que "B", estamos diciendo, también, que "A" es mayor que "B" y que "A" es distinto que "B". Si "A" es distinto que "B", quiere decir que hay por lo menos dos unidades de análisis que se diferencian a partir de una variable. ¿De qué manera se diferencian? Sólo en tanto y en cuanto "A" y "B" sean clasificadas en categorías distintas en el interior de un mismo sistema de categorías. Sea que cuantifiquemos la diferencia entre un elemento y otro, que jerarquicemos el lugar de un elemento respecto de otro o que señalemos que son diferentes o iguales entre sí, sea cual fuere la acción realizada, en las tres estamos llevando adelante el proceso de medición según distintos niveles de complejidad. En otras palabras, cuando se dice que medir es "asignar numerales a objetos o acontecimientos de acuerdo a ciertas reglas", se están aceptando los tres niveles de complejidad que nos hemos referido, porque asignar numerales implica establecer diferencias-semejanzas y establecer un orden. Por lo tanto, diferenciar y ordenar forma parte indiscutible de la medición, no son acciones ajenas a ella, hacen a su definición. De acuerdo a cómo se lleven a cabo estas acciones, sea que el objetivo del investigador sea solo interpretar un fenómeno a partir de establecer diferencias o que lo interprete a partir de un orden (que incluye las diferencias) o a partir de distancias cuantificables (que incluyen las diferencias y el orden), tendremos distintos niveles de complejidad de la medición y como consecuencia de ello podremos acceder a estrategias de análisis, también, más complejas.

En este sentido, incluyendo estas diferentes modalidades, Canales (1986: 67) tiene una propuesta más amplia para la comprensión de este proceso, concibe la medición como "la cualificación o cuantificación de una variable para un estudio dado (...). La clasificación básica de las variables es lo que permite asignar distintos valores cualitativos o cuantitativos, para los diferentes fenómenos bajo estudio". En esta última parte de su definición nos recuerda la existencia de los niveles de medición como criterios clasificatorios de todas las variables, tanto las cualitativas como las cuantitativas. Canales introduce la idea de la cualificación como inherente al proceso de medición. Esta perspectiva, si bien está menos difundida, la consideramos más cercana a nuestra concepción.

No pretendemos entrar en un debate –teórica y metodológicamente central en las Ciencias Sociales– ni tampoco sembrar dudas en el proceso de medición, sólo intentamos reflexionar acerca de la complejidad de un procedimiento no tan simple ni tan obvio. En las Ciencias Sociales la medición es el resultado de un procedimiento que entrecruza lo conceptual, lo metodológico y lo empírico. Obviar o minimizar el tratamiento de alguna de estas instancias puede conducir a mediciones no confiables ni válidas. En las Ciencias Sociales no contamos con abundantes recursos metodológicos ni técnicos que permitan disponer de instrumentos de medición estandarizados o suficientemente validados. Más aún, es una característica particular de estas ciencias la de provocar desafíos teórico-metodológicos muy frecuentes, ya que es necesario preocuparse y ocuparse no sólo del fenómeno de estudio sino también de la estrategia de aproximación al mismo. La forma de aproximarse requiere de un ajuste entre los conceptos, el método y las técnicas, a partir de una ida y vuelta entre los supuestos que subyacen al proceso de medición y la correspondiente contrastación empírica. Estos supuestos son las premisas que el investigador tiene para establecer teóricamente el más apropiado sistema de categorías, que le permita reproducir las propiedades de las unidades de análisis que le interesa analizar.

El proceso de medición es un proceso dialéctico que confronta, y unifica a la vez, los conceptos contenidos en proposiciones con aquellos objetos o sujetos de la base empírica a los que hace referencia. El investigador social no apela a métodos ni técnicas apropiados a (propios de) una teoría, sino que construye el nexo teórico-metodológico-técnico a partir de su problema de investigación. No hay correspondencia unívoca ni determinista entre teoría, método y técnica, hay relaciones lógicas entre ellos y alternativas de combinación respetando ciertas condiciones formales. No existe *el método* para dar cuenta de un fenómeno, sino más bien se recurre al método que mejor adecue los conceptos a la base empírica. Independientemente de la estrategia que diseñemos como expresión del nexo teórico-metodológico-técnico, cada vez que nos involucramos en la realidad de estudio a partir de conceptos-variables, producimos algún tipo de medición, más o menos compleja, de la que resultan datos cualitativos o cuantitativos. ¿Qué es lo que está ocurriendo en ese caso, en ese acto intrínseco al proceso de investigación? En primer lugar, que el sistema de categorías es portador de las alternativas que se suponen empíricamente posibles para la definición de esa variable. La variable se expresa, se manifiesta, a través de las categorías. Hay un supuesto inicial que dice que ésas y sólo ésas categorías son suficientemente exhaustivas para referirse al universo de contrastación. Este supuesto es direccional, fija un camino en el proceso teórico-empírico, por lo tanto, debe explicitarse el marco conceptual que lo contiene. En segundo lugar, una vez efectuada la contrastación empírica, se asume que se ha producido una cierta correspondencia entre el sistema de categorías y las propiedades de las unidades de análisis que son de interés teórico, en otras palabras, se han obtenido registros, observables teóricamente significativos que, como consecuencia de ello, permitirán completar el proceso que conocemos como producción teórica de los datos. Sólo si se da tal correspondencia podemos considerar que esa variable clasifica, ordena o asigna valores-magnitudes a las unidades de análisis en estudio. Por lo tanto, no coincidimos con toda una tradición científica que, como Norman Campbell (1919), considera que “medir es el proceso por el cual se representan cualidades mediante números”. Esta es una concepción reduccionista que excluye la posibilidad de representar cualidades de los objetos mediante categorías cualitativas. Medir es para nosotros comparar mediante una confiable y válida correspondencia entre las propiedades de los objetos o sujetos, entendidas como atributos que los caracterizan y distinguen, y el sistema de categorías teóricamente construido, sea éste cuantitativo o cualitativo. De no ser así, resultaría incomprensible referirse a las escalas nominales y ordinales como los niveles de medición tal cual, habitualmente, lo hacemos. Suele decirse que toda vez que no es posible medir –entendiendo por tal, adjudicar magnitudes a cualidades–, se clasifica u ordena. En otras palabras, según esta concepción las variables pueden clasificar, ordenar o medir según representen o no cualidades mediante magnitudes. Sin embargo, se olvida, se omite que todo acto de medición es, en sí mismo, clasificatorio y ordenador. Por lo tanto, concebir la medición de ese modo conlleva una contradicción: separa aquello –la clasificación y el orden– que forma parte de su propia definición. Además, si el hecho de adjudicar magnitudes a cualidades legitima el acto de la medición, debería fundamentarse epistemológica y teóricamente la equivalencia magnitud-cualidad, de modo tal que esa magnitud, y solo esa, equivalga a determinada cualidad.

Como ya lo dijéramos en otra oportunidad (Cohen y Gómez Rojas, 1996), en las Ciencias Sociales contamos con diferentes métodos y técnicas para pasar del concepto definido

teóricamente, al concepto definido operacionalmente y, de esta manera, hacer de un concepto un recurso apto (variable) para la producción de los datos. En el punto siguiente abordamos uno de estos métodos que nos permite transitar entre el concepto –*corpus* teórico– y el dato producido.

Acerca del pasaje del concepto al dato

En el campo de las Ciencias Sociales, desde las primeras décadas del siglo pasado, ha habido una importante y variada producción de conocimiento en torno al desarrollo de métodos y técnicas de medición.² En este artículo pretendemos concentrarnos en algunas reflexiones referidas a determinadas experiencias vinculadas al proceso de medición. Para ello hemos elegido las tipologías como uno de los “casos metodológicos” que contribuyen a discurrir respecto a esto que decidimos llamar *pasaje del concepto al dato*. La elección no es casual, optamos por este recurso como expresión acabada de una alternativa cualitativa de medición.

Un libro clásico en estas cuestiones es el de McKinney (1968: 85) quien sostiene que “el tipo construido –a diferencia del tipo ideal en Weber– puede prestar el importante servicio de funcionar como puente entre la teoría sistemática sustantiva y los datos empíricos relativamente no estructurados”. McKinney considera la tipología como un modelo analítico de una teoría más amplia, en otras palabras, “los tipos ganan importancia teórica y empírica cuando se los coloca dentro de un esquema más general”. Esta reflexión es coincidente con la de Casas Aznar (1989: 196), quien refiriéndose a los indicadores plantea que su verdadero potencial “está en el desarrollo de teorías y conceptos que puedan ser contrastables con su uso”. Obsérvese que interesante es esta reflexión, en la medida que trata la tipología no como un recurso metodológico válido en sí mismo, autónomo, sino necesariamente incorporado a la teoría, dependiente de ella. La tipología la concibe como orientando la investigación hacia la producción de teoría, “comparando lo que ocurre empíricamente con la construcción heurística”. McKinney hace uso de muchos ejemplos que rescata de la pasada producción sociológica. Entre ellos se destaca la mención a los cuatro tipos de suicidios, tipos construidos según su propia interpretación, de la obra de Durkheim: el “altruista”, el “egoísta”, el “anómico” y el “fatalista”. Señala al respecto que

(...) esta breve consideración de Durkheim sobre las tendencias suicidas debe servir solo para ilustrar la posibilidad de enumerar casos concretos de grupos concretos, y relacionarlos con tipos heurísticos. (...) Cuando el analista puede detectar la variación de la incidencia del tipo en varios grupos, puede entonces formular algunos enunciados generales acerca de esos grupos (McKinney, 1968).

Estas consideraciones son para nosotros de gran interés porque ponen el énfasis en primer lugar, en la centralidad de la teoría y en segundo lugar, en cómo el dato resulta de un proceso productivo que involucra tres instancias: la conceptual, la metodológica y la empírica. Es importante señalar que no se da entre ellas una conexión lineal, en cadena, sino de mutuo involucramiento, de puentes que son recorridos en ambos sentidos y que como consecuencia de ello pueden producirse reformulaciones conceptuales y/o metodológicas.

Uno de los ejemplos que proponemos tratar en este documento es el de Eric Wright (1994, 1997) quien ha enfocado el abordaje de las clases sociales desde una perspectiva neomarxista. Lo consideramos de especial interés en tanto permite observar cómo se va recorriendo el complejo camino de la construcción de las variables en los términos planteados por McKinney, estableciendo un nexo entre lo empírico y lo heurístico. En este sentido, su perspectiva neomarxista pone el énfasis en el campo empírico contemporáneo, si bien conserva la noción marxista de explotación en las categorías analíticas que elabora, busca redefinir los indicadores que le permitan interpretar más adecuadamente las variantes empíricas que encuentra en su abordaje a la realidad. En una apretada síntesis trataremos de referirnos a las premisas conceptuales, a partir de las cuales Wright construye lo que llama “Tipología de las posiciones de clase en la sociedad capitalista”.

En primer lugar, establece una distinción entre clase y ocupación. Las ocupaciones deben entenderse como posiciones definidas dentro de las relaciones técnicas de producción, mientras que las clases se definen por las relaciones sociales de producción. Las nociones de control y

² A riesgo de olvidar a varios de quienes produjeron conocimiento, en este párrafo estamos recordando a Likert, Torgerson, Lazarsfeld, Guttman, Boudon, Barton, Coleman, McKinney, Thurstone, Osgood, Becker, etc.

explotación en las relaciones sociales de producción, son centrales en el análisis de Wright. En su primer esquema afirmó que las relaciones sociales de producción podían dividirse en tres dimensiones: a) las relaciones sociales de control sobre el capital monetario, b) relaciones sociales de control sobre el capital físico y c) relaciones sociales de autoridad, es decir, control de la supervisión y la disciplina en el proceso de trabajo. En segundo lugar, estableció las tres posiciones básicas en las relaciones de clase del capitalismo: la burguesía, a la que caracteriza por poseer propiedad económica y ejercer control sobre los medios físicos de producción y la fuerza de trabajo de otros, la pequeña burguesía que posee y controla sus medios de producción pero no controla la fuerza de trabajo de otros, y el proletariado que no tiene la propiedad ni el control de su fuerza de trabajo. Si bien planteó estas tres posiciones básicas, una de sus principales preocupaciones ha sido dar cuenta de la clase media o de los empleados no proletarios de las sociedades capitalistas contemporáneas. Como resultado de ello incluyó estas nuevas tres posiciones: directivos y supervisores quienes no son poseedores de los medios de producción en términos de la concepción clásica marxista, sin embargo, ejercen de hecho diferentes tipos de control sobre los medios materiales de producción y la fuerza de trabajo, muchas veces a gran escala, los empleados semiautónomos quienes no poseen ni controlan los medios materiales de producción aunque conservan cierto control sobre su propia fuerza de trabajo y los pequeños empleadores (artesanos, pequeños agricultores, comerciantes, etc.) quienes son poseedores, parcial o totalmente, de los medios de producción, controlan la fuerza de trabajo, de muy pequeña magnitud y no pueden dejar de trabajar ellos mismos.

Sin embargo, a partir de críticas teóricas recibidas por este primer esquema, Wright reformuló el modelo original. Las modificaciones estuvieron orientadas a medir de mejor modo el concepto de explotación, teóricamente de mayor relevancia en su concepción de las clases sociales. Para ello, distinguió cuatro clases de bienes y su propiedad o control desigual, proporcionando la base de diferentes tipos de explotación: bienes de fuerza de trabajo (que llamó explotación feudal); bienes de capital (explotación capitalista), bienes de organización (explotación estatal) y bienes de cualificación (explotación socialista).

El siguiente esquema formaliza la tipología propuesta por Wright, a partir de lo señalado en la breve síntesis de los párrafos anteriores.

Tipología de las posiciones de clase en la sociedad capitalista

	Propietarios No propietarios			Relación c/la autoridad
Contrata obreros y no trabaja	Burguesía	Directivos expertos	Directivos calificados	Directivos No calificados	Directivos
Contrata obreros y trabaja	Pequeños empleadores	Supervisores expertos	Supervisores calificados	Supervisores No calificados	Supervisores
No contrata obreros y trabaja	Pequeña burguesía	Expertos	Obreros calificados	Obreros No calificados	No directivos
Bienes de cualificación		Expertos	Calificados	No calificados	

Decíamos más arriba que en Wright ocupa un lugar relevante el concepto de explotación y que a partir de la distinción de cuatro clases de bienes, introduce un criterio clasificatorio que conlleva cuatro dimensiones de explotación. Obsérvese que para transitar coherentemente por este pasaje del concepto al dato, construye una tipología que resulta de la combinación de estas cuatro dimensiones.

La que denomina “explotación capitalista”, que se expresa a través de “propietarios” y “no propietarios”, es lo suficientemente general como para ser la única que incluye a las doce categorías resultantes de la tipología. Las otras tres dimensiones de explotación incluyen parcialmente a las categorías de la tipología, según involucren a los propietarios o a los que no lo son.

La dimensión “explotación feudal” se expresa por medio de la contratación o no de fuerza de trabajo combinada con el propio involucramiento o no en el trabajo. Esta dimensión genera tres categorías entre los propietarios: burguesía, pequeños empleadores y pequeña burguesía.

La “explotación estatal” se expresa a través de la posición que el trabajador (no propietario) ocupa dentro de la organización, según la relación que tenga con la autoridad y la “explotación socialista” incorpora el nivel de calificación que alcance la tarea desempeñada. Ambas dimensiones, combinadas entre sí, generan nueve categorías adjudicadas a los no propietarios.

Como resultado de la combinación de estas cuatro dimensiones, se constituye un sistema de doce categorías de la variable que llama “Posiciones de clase en la sociedad capitalista”. De este modo Wright recorre las tres instancias que nos referíamos en páginas anteriores, como intrínsecas a la producción del dato: la conceptual –partiendo de la noción de explotación–, la metodológica –optando estratégicamente por la tipología como recurso– y la empírica –obteniendo los registros u observables de la realidad en la que se involucra–.

Desde otra perspectiva metodológica para la construcción de tipologías y, en consecuencia, desde otro modo de transitar desde el concepto al dato, Zygmunt Bauman (2007) recurre a la construcción de tipos ideales para describir el fenómeno del consumo en las sociedades actuales. Este ejemplo resulta interesante pues es el mismo autor quien le dedica un apartado en su producción a las características metodológicas de los recursos analíticos por él elaborados: los modelos de “consumismo”, “sociedad de consumidores” y “cultura consumista”. Bauman (2007) retoma nociones de Weber respecto de los tipos ideales como

(...) herramientas útiles que sacan a relucir ciertos aspectos de la realidad social descrita, mientras que dejan en la sombra otros aspectos considerados como menos relevantes (...) no son descripciones de la realidad: son las herramientas utilizadas para analizarla. Son buenas para hacernos pensar. Y aunque resulte paradójico, a pesar de su naturaleza abstracta permiten la descripción de una realidad social empírica. (...) permiten dar coherencia narrativa a la abrumadora y caótica evidencia de la experiencia humana (Bauman, 2007)

Para el autor los tipos postulan un mundo social empírico más homogéneo y con más coherencia lógica que lo que la experiencia cotidiana nos permite observar. Los tipos en Bauman, y lo fueron en Weber, son un recurso (especulación) ordenador de la realidad como paso intermedio para su abordaje y análisis. Los tipos no reproducen la realidad, para Bauman lo caótico de la realidad es irreproducible, sino que facilitan el trabajo interpretativo del investigador y contribuyen a la producción de teoría.

Si bien a lo largo de su obra caracteriza los tres tipos mencionados, en el caso de este artículo sólo haremos mención al “consumismo”. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes que destaca? En primer lugar, el consumismo es para Bauman un atributo intrínseco a la sociedad, no a los individuos.

[Es un] tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistemática, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales. El consumismo llega cuando el consumo desplaza al trabajo de ese rol axial que cumplía en la sociedad de productores (Bauman, 2007)

En su caracterización del consumismo Bauman introduce la comparación entre dos tipos de sociedades, la de consumidores y la de productores. En esta última la apropiación y posesión de bienes se orientaban a la búsqueda de seguridad a largo plazo en desmedro de la gratificación inmediata. Pero esta búsqueda no es útil en una sociedad de consumidores, el consumismo que se corresponde como estilo de vida en dicha sociedad no asocia la felicidad con la gratificación de los deseos, sino con un constante aumento del volumen e intensidad de los mismos.

Asimismo, se hace presente otra resignificación de la dimensión temporal. La vida es “ahorita”, acelerada, absolutamente inmediata, con apremio para adquirir y acumular pero con

cierta urgencia en eliminar y reemplazar. La economía consumista descansa en el exceso y los desechos, pues para que aparezcan constantemente nuevos y mejores productos, deben desecharse otros. Y también en la insatisfacción perpetua por parte de los individuos, buscando como camino el denigrar y devaluar los artículos que se consumen ni bien han sido lanzados al mercado. Está presente, también, la economía del engaño, la sobrepromesa que apuesta a la irracionalidad de los consumidores, a la emoción consumista. Ya no tiene lugar el consumidor tradicional, aquél que se guiaba por sus necesidades genuinas.

Ahora bien, cabe preguntarse qué tienen en común la tipología de posiciones de clase de Wright y los tipos ideales de Bauman. Ambas buscan la construcción de sistemas clasificatorios y por ende de nuevas variables, para traducirlo a un lenguaje de carácter más metodológico. Los dos autores logran, desde una combinación de distintas variables o dimensiones de análisis, construir – hacer operativas– aquellas variables protagonistas de sus preocupaciones analíticas: las posiciones de clase por un lado y el consumismo por el otro. Tal como fue planteado, al recorrer la definición del consumismo (tipo ideal) en Bauman, observamos distintas dimensiones que están presentes en su construcción, entre ellas destacamos la búsqueda de gratificación inmediata, la búsqueda de acumulación de bienes y el modo de desechar bienes asociada a la insatisfacción permanente.

Obviamente el carácter (¿más abstracto?) de las variables en juego es diferente, pues las pretensiones de los autores son diferentes, pero en ambos las referencias teóricas son las que dan sustento a las tipologías elaboradas. En ambos hay una decisión de llegar al dato desde el concepto.

En el trabajo metodológico que realizamos como investigadores tendemos a diseñar tipologías al estilo de la construida por E. Wright y estamos menos abiertos a reflexionar sobre el camino recorrido, como es el caso de autores como Bauman. En este sentido, cabe recordar que McKinney (1968) mostró cómo el empleo de las tipologías ha sido tan usual en nuestra disciplina y cómo asumieron distintas modalidades. Desde la perspectiva de este autor, las tipologías aquí expuestas corresponderían a dos clases diferentes, una de carácter gradacional (la de posiciones de clase) y otra de carácter polar (la de consumismo).

Ahora bien, es necesario aclarar qué elementos las definen como constitutivas de una clase u otra. Comenzando por la de consumismo, puede decirse que está emparentada con cierta tradición en las Ciencias Sociales de tipificar entidades de manera antagónica, pues Bauman recurre en su obra a la comparación, a veces manifiesta y otras implícita, de la característica del “consumo” como propio de la “sociedad de productores” y del “consumismo” propio de la “sociedad de consumidores”. Entendemos que de esta manera está dando lugar a la interpretación del pasaje de un tipo de sociedad a otra, al estilo de lo hecho por Durkheim (1985) respecto al pasaje de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, en su estudio sobre la división social del trabajo.

Por otro lado, la tipología de posiciones de clase responde a la búsqueda de cierta gradación, en la cual se pretende no solo tipificar situaciones extremas si no también intermedias. Por ello entre la “burguesía” y “los obreros no calificados” Wright construye diez posiciones de clase. Además, desde las diversas aplicaciones de este esquema de clases se ha mostrado que a pesar de su pretensión relacional, finalmente se comporta configurando estratos de clase ordenados jerárquicamente, pero cuya discusión excede los límites de este artículo.

Conclusiones

Dos son las cuestiones que nos interesan destacar en estas páginas: una referida a una concepción más inclusiva del acto de medir en las Ciencias Sociales en general y en la Sociología en particular. En este sentido, acordamos con quienes entienden la medición como la cualificación o cuantificación de una variable, en tanto parte de la producción de datos. La otra cuestión está referida a destacar cómo se intersecan lo conceptual, lo metodológico y lo empírico en el pasaje del concepto al dato. Consideramos que no es pertinente hablar de *el método* para dar cuenta de un fenómeno, sino más bien debemos recurrir al método que mejor adecue los conceptos a la base empírica. Esta búsqueda de adecuación es la que lleva a intersecar estas tres instancias inevitables en todo proceso de medición.

Hemos elegido, en Wright y Bauman, a dos referentes de la sociología contemporánea, diferentes pero confluyentes, que muestran sendos tratamientos cualitativos en cuanto a medir las

clases sociales uno y el consumismo el otro y destacando su preocupación por el vínculo entre concepto y método o como dice Casas Aznar (1989: 91) atendiendo “uno de los problemas cruciales de la epistemología de la ciencia: la relación metacientífica del *trípode realidad-dato-conceptos*”.

Con Wright y sus tipos construidos y con Bauman y sus tipos ideales pudimos ver, además, cuán eficaces resultaron cuando incursionaron en la “cosa oculta”, en la dimensión latente del fenómeno estudiado. Si bien ésta ha sido nuestra elección, es importante señalar que otros autores han recurrido al uso de las tipologías desde perspectivas metodológicas y técnicas distintas, por ejemplo han apelado al recurso del análisis de clusters o del análisis factorial entre otras alternativas. Estos recursos abren caminos muy interesantes para seguir explorando en el abordaje de lo latente, abordaje que siempre ha sido el gran desafío o el gran obstáculo teórico y metodológico, de toda producción de datos en las Ciencias Sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

BAUMAN, Zygmunt (2007). *Vida de consumo*. FCE. Buenos Aires.

CAMPBELL, Norman (1919). *Physics: The Elements*. Ed. Dover. Nueva York

CASAS AZNAR, Ferrán (1989). *Técnicas de investigación social: los indicadores sociales y psicosociales*. Promociones y Publicaciones Universitarias. Barcelona.

COHEN, Néstor y Gabriela GÓMEZ ROJAS (1996). *Un enfoque metodológico para el abordaje de escalas aditivas*. Of. de publicaciones del CBC-UBA. Buenos Aires.

DE CANALES F. y otros (1986). *Metodología de la Investigación*. Ed. Limusa. México DF.

DURKHEIM, Emile, (1985). *La división del trabajo social*. Ed. Planeta-Agostini. Barcelona.

MARRADI, Alberto, N. ARCHENTI y J. I. PIOVANI (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Emecé. Buenos Aires.

MCKINNEY, John, (1968). *Tipología constructiva y teoría social*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

STEVENS, S. S. (1951). "Mathematics, measurement and psychophysics", en S. S. Stevens (ed.), *Handbook of Experimental Psychology*, Nueva York: Academic Press. En castellano en Catalina Wainerman (comp.). (1976). *Escalas de medición en ciencias sociales*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.

WRIGHT, Eric (1994). *Clases*. Ed. Siglo XXI. Madrid.

_____ (1997). *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis*. Cambridge University Press. New York.

Autores.

Néstor Cohen.

Grupo de Estudio en Metodología de la Investigación Social (GEMIS)/ Instituto de Investigación Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Magíster en Metodología de la investigación. Licenciado en Sociología. UBA.

E-mail: nrcohen@fibertel.com.ar

Gabriela Gómez Rojas.

Grupo de Estudio en Metodología de la Investigación Social (GEMIS) / Instituto de Investigación Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Doctora en Ciencias Sociales - Licenciada en Sociología UBA.

E-mail: gomezrojas@studium.com.ar

Citado.

COHEN, Néstor y Gabriela GÓMEZ ROJAS (2011). "Las tipologías y sus aportes a las teorías y la producción de datos". *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación -ReLMIS*. N°1. Año 1. Abril - Sept. de 2011. Argentina. Estudios Sociológicos Editora. ISSN 1853-6190. Pp. 36 - 46. Disponible en: <http://www.relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/9/12>

Plazos.

Recibido: 16 / 02 / 2011. Aceptado: 04 / 04 / 2011.